

Fue el año en que mi padre le abrió de un *uppercut* una ceja a mi madre. Ahogábamos culebras en barreños de agua con lejía y les dábamos después cristiana sepultura en el buzón de la señora Cárdenas. Yo era un niño oscuro hecho de agua de espejos que buscaba en las ventanas de los edificios de enfrente la corola iluminada que en su dicción de astro le susurrase «tranquilo, no estás solo esta noche». Vivíamos en un barrio de obreros que años atrás se había ubicado en las afueras. Pero la ciudad se le había ido arrimando, adelantando bloques y conjuntos de adosados que cicatrizaron con caminos asfaltados las zonas de verde salvaje que antes habían mantenido el rumor de la vida urbana a una grata distancia. El barrio lo formaban casas de cinco plantas cada una, de paredes oscuras y grandes balcones. Los pisos eran pequeños, de unos ochenta metros cuadrados. En algunas azoteas los vecinos habían logrado ejercitarse en el arte de la botánica y a veces, cuando llegaban las temporadas de bodas y comuniones, se celebraban allí populosos banquetes. Quienes más perjudicados habían salido de la incesante progresión de la ciudad habían sido los niños: si años atrás habían dispuesto de espléndidas extensiones alfombradas de hierba y matorrales para jugar, ahora debían conformarse con un insignificante erial que el día menos pensado sería aprovechado para erigir algún nuevo bloque de viviendas, con fachadas horadadas por ventanas estrechas y cancelas vigiladas por un portero automático atestado de botones.

Hacía frío en las yemas de mis dedos y, en los márgenes de la página donde Carlos Martel detenía a los moros en Poitiers, escribí el nombre de una muchacha que arrobaba a los adolescentes con sus canciones y sus largos muslos y su ombligo tatuado con un dragón que arrojaba pequeños corazones llameantes por su boca y sus labios rotundos.

—Si consigues que el bus te atropelle en un paso de cebra le darán una indemnización muy generosa a tus padres—me dijo una tarde Patillas, un tipo al que detestaba porque se afanaba de haberle metido la lengua en la boca a mi hermana Cristina.

Cristina era una de esas adolescentes que cenan apio y manzanas, consultan la báscula tres veces al día y se deforman los pies calzando zapatos de plataforma inverosímiles. Estrangulaba los dedos de sus manos con anillos de bisutería macabra y diez metros antes de cruzarte con ella te embesúa el aroma del perfume de almendras con el que se había rociado todo el cuerpo. Tenía una constelación de lunares en el hombro derecho y yo deseaba que llegara la primavera para que se pusiese sus vestidos de tirantes.

La señora Cárdenas sacaba las culebras de su buzón sin estridencias, ni gritos ni protestas, las entraba en su casa con el resto del correo. Patillas aseguraba que, espíandola por la ventana de su alcoba, la había visto cocinar las culebras y servir las en una bandeja a su marido ciego.

Fue el año en que mi padre de un *uppercut* le abrió una brecha en la cara a mi madre. Mi hermano llenó dos mochilas con nueces, manzanas y cigarrillos y me dijo: necesito vender tu bicicleta, me hace falta el dinero.

Bajo un cielo de mármol, tiritando de miedo o de rencor, se precipitó por el tobogán que lo alejaba de los diez puntos de sutura que ilustraban el rostro de mamá, del llanto de Cristina y su constelación de lunares, de las culebras que cenaba el señor Cárdenas, de la lengua de Patillas y de mi libro de Historia en el que yo había tatuado el nombre de una muchacha a la que aún no había conocido, a la que no conocería nunca.

Jaime tenía diecisiete años. Yo iba a cumplir doce.

Tardaron tres semanas en encontrarlo, capturarlo, devolverlo a casa. Para entonces a mamá ya le habían retirado los puntos de sutura, padre había vuelto a prometer que dejaría la bebida, yo había suspendido el primer parcial de Historia y el buen tiempo había invitado a Cristina a vestir sus trajes de tirantes y publicar su constelación de lunares. Gracias a que Jaime era de esos tipos que para lucir barba de tres días han de estar medio año sin afeitarse su aspecto no nos desconcertó demasiado. Había dormido en andenes mugrientos y bajo puentes habitados. Había comido palomas asadas a la lumbre de fogatas suburbanas y también conejos cobrados en excursiones campesinas. Había conocido a barbudos borrachos que repetían verdades siniestras y a ancianos desahuciados que reinventaban el pasado para poder soportar la cochambre del presente. Una herida le historiaba el tobillo: se la había producido la mordedura de un loco que dormía en el catre vecino en un albergue benéfico donde cien mendigos cenaron los restos de un convite de boda. Había perdido diez quilos, los huesos se le pronunciaban en la cara, su esqueleto pujaba por librarse de la fina capa de carne en la que seguía apresado. Cuando Cristina le preguntó qué había hecho en todo aquel tiempo, mi hermano, que aún no había visto Zazie en el metro, respondió:

—Envejecer.

Una madrugada, varios días después de que nos lo devolvieran, ya convenientemente afeitado y recuperados unos cuantos gramos de peso, Jaime abandonó su cama, que estaba en mi habitación, y fue a visitar a Cristina a su alcoba. La estrechez del tabique y el silencio que hacía ya varias horas se había impuesto en la casa, me permitieron oír aquella conversación. Hablaron de mi padre, de lo hijodeputa que era, de lo hijodeputa que jamás podría dejar de ser. Hablaron de mi madre, de lo abnegada que era, de lo insólitamente abnegada que jamás podría dejar de ser. Jaime confesó que estaba planeando volverse a marchar. Necesitaba algo más de dinero. Había encontrado un gurú al que procuraría seguir. Un tipo que le enseñaría a no desperdiciar su energía, a alcanzar sosiego y libertad. Cristina se irritó. Se negó a ceder sus pocas pertenencias (unos cuantos collares, una motocicleta de poca cilindrada) a mi hermano para que las malvendiera y las transformase en el dinero necesario para alcanzar al brujo aquel. Cuando Jaime regresó a nuestra habitación yo encendí la lámpara de la mesita de noche. Su rostro

me pareció por primera vez el de un extraño: dos bolas negras emitiendo una mirada dopada. Me preguntó si me pasaba algo. Eso es lo que digo yo, si te pasa algo a ti, eso es lo que yo quisiera saber, si es que te pasa algo a ti o qué, y ya que todo te parece tan mal, digo yo que a ver si se te ve un detalle y me devuelves el dinero para comprarme otra bicicleta, porque antes de que te vayas otra vez, vaya, me gustaría tener otra bicicleta si es que puede ser y tú no tienes inconveniente. Jaime por toda respuesta apagó la luz de la lámpara. Yo me tapé la cabeza con la manta y conté hasta cien. Antes de llegar a cincuenta, amaneció. Mi hermano no estaba en su cama. El ciclomotor de Cristina no estaba en el garaje. En la estantería faltaban un par de libros y en el frigorífico el recipiente de los embutidos.

Mi padre dijo que no quería volver a saber nada de Jaime, mi madre se tragó su llanto, yo fui a la alcoba de Cristina y hablamos de nuestro hermano, y de la señora Cárdenas y de Patillas. Se sonrojó cuando le pregunté si era verdad aquello que iba comentando aquel necio, si era verdad que le había metido la lengua en la boca y la polla entre las piernas. Primero creí que iba a golpearme, pero apretó los dientes, me miró como si quisiera fulminarme y murmuró: métete en tus asuntos.

Teníamos que ahorrar para ser pobres. El viejo seguía emborrachándose, mi madre seguía invirtiendo dinero en cirios que le encendía a todas las vírgenes de la ciudad, y Cristina empezó a llegar a casa cada vez más tarde, a veces ya amanecido el día. Yo tenía que soportar después al Patillas, que empezó a tratarme como si yo fuera su hermano pequeño, o sea, dándome órdenes, burlándose de mí, acusándome de barbaridades que perpetraba él. Por las noches, bajo el triángulo de luz blanca que difundía una linterna, yo trataba de escribirle a Jaime todo lo que me iba ocurriendo, pero al despertar me sentía ridículo y rompía lo que había escrito. Por las tardes, al regresar de la escuela, me quedaba durante minutos detenido ante un paso de cebra preguntándome si sería capaz, cuando pasara algún coche sin intención de respetar la señal, de adelantar las zancadas que separaban a mi familia de una suculenta indemnización. A mi viejo se le empezó a ennegrecer el dedo pequeño del pie: una especie de cardenal que en pocos días aparentó ser una marca de tizne imborrable. Lo ingresaron en el hospital para examinarlo. Fueron los días más felices que recuerdo. Por las noches disponía de la casa entera para mí, no podía permitirme el dispendio de dormirme. Me asomaba a la ventana de mi habitación a contar ventanas encendidas en los edificios de enfrente. Trataba de imaginar qué ocurría en aquellas habitaciones y salones, qué películas estarían viendo sus inquilinos. Curioseaba después en el cuarto de Cristina, descubría dónde camuflaba los cigarrillos, las bolitas de hachís. Encendía la televisión y me tiraba en el sofá y zapeaba hasta que Cristina incrustaba su llave en la cerradura. Hablábamos hasta muy tarde, acerca de cualquier cosa, de la chica por la que yo penaba y de las cabronadas de mi padre, de lo mal que estábamos de dinero y de mi plan para salvar a la familia de la miseria. Cristina me contaba su infancia, eran

tiempos mejores, aclaraba, teníamos dinero, padre trabajaba, no bebía, Jaime era un cielo, uno de esos niños aplicados que no daban disgustos en casa. No sé cómo decirlo: en algún momento me sentí culpable, el hecho de que mi nacimiento coincidiera con el inicio de los problemas económicos no podía pasarme desapercibido, no podía dejar de relacionar ambas circunstancias. Es mi juego preferido: relacionar hechos que en apariencia carecen de toda relación. Cuando le amputaron a mi padre el dedo gangrenado del pie llegó una postal de Jaime. Se la enviaba a Cristina, sólo le decía que estaba bien, viajando sin billete en trenes nocturnos, apeándose en estaciones campesinas, camarada alegre de cinco o seis desheredados como él. No mencionaba al gurú en aquellas pocas líneas que Cristina me mostró la tarde en que mutilarían a nuestro viejo.

Antes de volver a casa, a mi padre tuvieron que cortarle un segundo dedo del pie. Lo trajeron y mandó que lo metieran en su habitación. No deseaba ver a nadie, no salía apenas de aquella región de sombras en las que no hacía más que fumar y llorar. Mi madre tenía que servirle las comidas allí, y sólo se atrevía a abandonar la placenta de silencio y oscuridad que lo cobijaba cuando le urgía acudir al cuarto de baño. Cristina aseguró que ya se le pasaría, que no tardaría en volver a su vida normal, que tendría por fuerza que emerger de su clausura, seguir haciendo alguna chapuza para sustentarnos, cobrar el subsidio del desempleo y enfangarse en la taberna para olvidar que el pie se le gangrenaba lentamente, que acabarían amputándose entero. Yo pensé que se había escondido en la oscuridad de su cuarto para no ver cómo se le iban ennegreciendo los demás dedos del pie, para hacerse a la idea de que todo su cuerpo se había anochecido. Tuvieron que llevárselo de nuevo al hospital. Cristina y yo tratamos de verle pero ordenó que no le molestáramos. Cristina se encogió de hombros y yo me eché a llorar bajo la luz de taiga de la sala de espera.

Le cortaron los tres dedos que le quedaban en el pie por el empeine. El mismo día en que le practicaron la amputación Cristina recibió una carta extensa de Jaime. ¿Cómo no iba a relacionar aquellos dos hechos? También era imposible no pensar que a mi padre alguien le estaba castigando por la marca que dejó encima del ojo a mi madre. Aquella temporada en la que mi padre permaneció en el hospital yo pasaba las noches dándole vueltas a la cabeza, leyendo una y otra vez las dos cartas de Jaime, en las que no hacía ninguna referencia a mí, ni un saludo siquiera para el pequeño de la familia, sólo dile a mamá que no se preocupe, que estoy aprendiendo a valerme por mí mismo, y comentarios sarcásticos acerca de nuestro viejo que culminaban en un «espero que se pudra» que me deterioraba el ánimo cada vez que lo leía.

Cristina llegaba temprano a casa, pero venía acompañada de Patillas. Se encerraban en su alcoba y yo arrimaba el oído al tabique que separaba nuestras habitaciones. Se ve que pretendían amortiguar sus gemidos, por lo que no tuve

más remedio que procurarme una mejor audición aplicando un vaso a la pared. Estuve tentado en más de una ocasión de irrumpir en el cuarto para pillarles en pleno espectáculo, pero no me atreví. Cuando Patillas me veía en la calle me trataba mejor, me invitaba a golosinas o me prestaba el periódico deportivo en el que yo seguía entusiasmado la guerra de declaraciones de los jugadores de fútbol y examinaba las alineaciones de los equipos de primera división y emitía mi opinión acerca de tal entrenador o tal futura promesa.

Una noche decidí empezar a escribir un diario. La señora Cárdenas me preguntó en la escalera por mi padre y estuve un rato hablando con ella. Me pareció una mujer muy simpática y me prometí sabotear cualquier intento de mis colegas de volver a llenarle el buzón con una culebra ahogada en lejía. Lo conté en el diario. Cuando estaba redactando las primeras páginas, mi hermana y Patillas llegaron a la casa, se metieron en la alcoba de Cristina y esta vez no amortiguaron sus gemidos. Mientras follaban yo redactaba en mi diario lo que me imaginaba que estaba ocurriendo, la lengua de Patillas repasando la constelación de lunares del hombro de mi hermana. Soñé después que Patillas me arrinconaba en la escalera y me decía: mira lo que tengo aquí para tu hermana; entonces se bajaba la bragueta y aparecía una culebra que vomitaba lejía. Al despertar lo primero que hice fue acudir a mi diario y escribir lo que recordaba del sueño con todo detalle. Pensé que a lo mejor había cierta relación imposible de demostrar entre las culebras que se comía el esposo ciego de la señora Cárdenas y los polvos que echaban Patillas y mi hermana, que a lo mejor cada vez que ahogábamos una culebra en lejía y le dábamos cristiana sepultura en el buzón de nuestra educada vecina, Patillas le metía su polla a mi hermana.

Mi madre me dejaba dinero para que hiciera compras cuando regresaba del hospital. Yo bajaba a hacer los recados pero antes de saltar ningún billete tatuaba en sus márgenes el nombre de la mujer que amaba. Era curioso: cada vez que escribía su nombre en un libro, en el aire, en un billete, pensaba en la posibilidad de aliviar a mi familia de la pobreza y un vértigo extraño me impelía a cerrar los ojos, a imaginarme ante un paso de cebra en el momento en que una caravana de veloces automóviles sin intención de detenerse a respetar la señal pasaba por allí.

Mi padre regresó del hospital y volvió a la caverna oscura de su alcoba. Los informes médicos no dejaban lugar a la esperanza. Antes o después tendrían que cortarles el otro pie. Yo dejé dicho en mi diario que si no había posibilidades de detener la cadena de mutilaciones prefería que lo hicieran poco a poco, primero un dedo, luego otro, luego otro, y no porque me gustara que mi viejo sufriera, sino porque con cada operación quirúrgica llegaría una carta de Jaime a Cristina y en alguna de ellas tendría que mencionarme.

Cristina se tuvo que poner a limpiar escaleras para contribuir al pago del alquiler de nuestro piso. Le subió el mal humor y ya no podía hablar con ella de nada: se sentía humillada. Empezó a despreciarse, a repetir que no debería haber dejado los estudios, que como siguieran así las cosas se iba a meter a puta o a vender hachís

en alguna esquina. Mi madre le cruzó la cara. Pensé que si a mi padre se le habían gangrenado las piernas por pegar a mi madre, a mi madre no tardarían en mutilarla por aquel golpe.

Una noche la mujer a la que yo amaba, cuyo nombre caligrafiaba en los márgenes de mis libros, en los billetes con que hacía la compra, en las paredes de la escalera, salió en la televisión. Cantaba mi canción favorita. Llevaba una minifalda de la que emergían unos muslos de seda bronceada de los que no pude apartar la vista. No me quedó más remedio que masturbarme. Eyaculé en el mismo momento en que se agotaban los acordes de la canción y la mujer que yo amaba saludaba al público. En ese preciso instante empezó a llover. Refleje en mi diario la certidumbre de que el hecho de que yo me hubiera masturbado y el de que empezara a llover estaban relacionados íntimamente, que uno causaba el efecto del otro sin que yo hubiese podido averiguar cuál era la causa y cuál el efecto. A partir de entonces siempre que me masturbaba aguardaba a que sonase la lluvia en el patio. Cambié de táctica ante el fracaso, invertí los términos. Siempre que empezaba a llover me entraban ganas de masturbarme. Me iba al cuarto de baño, pensaba en las piernas de la mujer cuyo nombre yo había grabado en todas partes, y me masturbaba. Mi diario se convirtió en un mero libro de contabilidad de mis pajas. La verdad es que fue una temporada de lluvias.

A mi padre el dolor no lo dejaba dormir. A nosotros no nos dejaban dormir los aullidos de mi padre. Volvía del hospital, permanecía en casa unos cuantos días y tenían que volvérselo a llevar. Le amputaron el otro pie de dos tajos. Dos cartas de Jaime confirmaron que había una relación secreta entre un hecho y otro. Pero cuál era la causa y cuál el efecto. En las cartas seguía sin mencionarme, pero ya no me importaba. Ni siquiera me preocupaba de leerlas. El mal humor de Cristina no invitaba a que yo me metiera en su cuarto a echarle un vistazo a las cartas de mi hermano. Además, había empezado a investigar en la naturaleza de la relación que vislumbraba entre las culebras que sepultábamos en el buzón de la señora Cárdenas y los polvos que mi hermana y Patillas echaban cuando mi viejo y mi madre dormían en el hospital. Me cercioré de que, como en el caso de la lluvia y de mis pajas, había equivocado el sentido. O sea, que no era que cada vez que metíamos una culebra en el buzón de la señora Cárdenas, que seguía siendo muy amable cuando nos cruzábamos en la escalera, Patillas follaba con Cristina, sino todo lo contrario. Por lo tanto tenía que conseguir enterrar una culebra ahogada en lejía en el buzón de mi vecina para impedir que Patillas se follara a mi hermana. Durante cuatro días seguidos cacé culebras con mis colegas, las ahogamos en lejía y las metimos en el buzón de la señora Cárdenas. Cristina regresaba sola a casa por la noche, se tiraba en el sofá después de prepararse un bocadillo, y después se iba a dormir. Estaba clara la relación. Pero mis colegas me abandonaron, arguyeron que aquello no tenía gracia hacerlo todos los días, que de vez en cuando sí, pero todos

los días era una tortura, además si resultaba cierto que la señora Cárdenas le daba de comer las culebras a su marido, entonces ¿qué daño estábamos haciendo?, ¿de qué servíamos sino de proveedores? Así que me tuve que emplear a fondo yo solo para seguir impidiéndole a Patillas que se tirara a mi hermana. Los días que no conseguía cazar ninguna culebra Cristina incrustaba su llave en la puerta y tras ella yo oía la voz de Patillas y las risas de ambos, y el portazo luego en la alcoba de mi hermana, y los malditos gemidos. Alguna vez coincidió que ellos se encerraban en la alcoba mientras afuera comenzaba a llover, así que yo agregaba gemidos a los suyos. Tal vez se pensaban que trataba de burlarme de ellos, nunca me dijeron nada, porque la verdad Cristina apenas me hablaba ya y aunque Patillas me seguía prestando su periódico deportivo, dejó de invitarme a golosinas y de contarme chistes. Así que le declaré la guerra a mi hermana cada vez que un billete pasaba por mis manos, yo escribía en sus márgenes el nombre de Cristina y el teléfono de mi casa separados por una leyenda que decía: si quieres pasar un buen rato por tres o cuatro billetes como éste marca el... O también: Cristina, sé hacer todo lo que siempre has soñado, averígualo llamándome al...

También soñé alguna vez con mi padre y luego recogía en el diario los avatares de mis sueños. Aparecía siempre sin mutilaciones y con una sonrisa brillante de navaja que fulge. No me decía nada, se peinaba el cabello con los dedos y cada vez que se pasaba la mano por la cabeza llovía caspa sobre sus hombros. No sé qué quería decir esa imagen, y ni siquiera se me ocurrió vincularla con la reacción con la que yo recibía a la lluvia. A mi madre se le fue arrugando el rostro a velocidad vertiginosa. Los ojos se le hundieron en el rostro a la vez que empezaron a señalársele en los pómulos los huesos. Llegaba a casa del hospital a la hora en la que yo me despertaba, desayunábamos juntos y yo me iba al colegio y ella a la cama. Cristina ya hacía mucho que se había puesto en danza. Yo a mi madre apenas le preguntaba por el viejo. Sabía que le habían infligido una nueva amputación porque Cristina recibía alguna carta de Jaime que yo recogía del buzón y depositaba en la mesilla del recibidor sin que la tentación de abrirla y echarle un vistazo me ensuciara. Para entonces a mi viejo le faltaba ya una pierna entera y la mitad de la otra. Mi madre necesitaba dinero para una silla de ruedas según le dijo a Cristina. La tarde en que me enteré de esa nueva necesidad me pasé más de media hora ante un paso de cebra. Después me pasé la noche en la ventana de mi cuarto, vigilando las ventanas de los edificios de enfrente. Vi como fueron apagándose una a una: sólo tres permanecieron encendidas. Pensé que debería bajar, acercarme a alguno de los edificios donde quedaba alguna ventana iluminada, averiguar en qué piso se encontraba, llamar al botón correspondiente en el tablero del portero automático y contarle a quien contestase que me encontraba solo, que tenía ganas de hablar con alguien, que me gustaría que lloviese, que me gustaría haber cazado alguna culebra aquel maldito día para que Patillas no se

trajinase a mi hermana, que me gustaría que mi hermano Jaime escribiese mi nombre aunque fuese en una miserable coda a una de aquellas cartas tuyas que estaban reduciéndole el cuerpo a mi padre, que lo estaban haciendo desaparecer a medida que él reaparecía.

Mi padre murió un día en que el cielo era un papel mojado. Luego supe que falleció a las ocho de la tarde, justo a la hora en la que yo me coloqué ante el televisor porque había visto anunciada una actuación de la mujer cuyo nombre yo había caligrafiado en todas partes. Me masturbé dos veces: una por cada canción. No empezó a llover hasta entrada la noche. Para entonces Cristina ya me había llevado a su cuarto y me había dado la noticia. Ella se marchó al hospital y yo me quedé allí, en su cuarto, leyendo la correspondencia atrasada de Jaime. Le contaba que estaba cansado de vagabundear, que quería volverse pero temía al cabrón del viejo, que nos echaba de menos a madre, a ella y a mí.

Llamaron a la puerta. Era Patillas preguntando por mi hermana. Le dije que pasara, más que nada para no estar solo. Le aseguré que Cristina llegaría de un momento a otro. Le pedí que me repitiera cómo era aquello de dejarse atropellar en un paso de cebra. Me contó que podía conseguir una indemnización suculenta. Luego le confesé que había soñado con él en una ocasión. Cuando le dije que soñé que tenía una culebra en lugar de polla, sus ojos centellearon unos instantes y luego rompió en una carcajada que le desencajó el rostro. Me dio algo de miedo. Cuando se pudo controlar se sacó la polla. La tenía erguida. Había tatuado a lo largo de su culebra el nombre de mi hermana. Lo eché de mi casa, le dije que Cristina no volvería, que habían mutilado del todo a mi viejo.

Me aparqué unos minutos ante el espejo preguntándome quién era. Me dio un poco de miedo. No tardaría en llover. No tardaría en regresar mi hermano Jaime. Ahora que mi padre había desaparecido del todo, él reaparecería. ¿Cómo se presentaría mi viejo en mis sueños a partir de entonces? Sonó el teléfono. Un tipo con voz anciana preguntó por Cristina. Quería saber cuánto le cobraría por una mamada. Había llegado a sus manos uno de los billetes en los que fui haciendo publicidad de mi hermana. Le dije que se la meneara después de frotarse las manos con jabón, que así daba más gusto. Colgué. Cogí mi diario y bajé a la calle sin saber adónde dirigirme. Me crucé en la escalera con la señora Cárdenas. Me preguntó por mi padre y le dije: la ha palmado. Ella sonrió y me dijo: es natural, con el tiempo que hace. Ya en la calle empecé a correr sin rumbo hasta que decidí pararme ante un paso de cebra. A aquella hora ya no pasaban muchos coches pero los que pasaban lo hacían a velocidad prohibida, sin dar síntomas de pretender respetar la señal. Recuerdo que vi al fondo de la avenida un auto rojo, sus faros creciendo precipitadamente. Recuerdo que cerré los ojos y dije: ojalá les den mucho dinero. Recuerdo que antes de dejarme atropellar empezó a llover.